

GLOSARIO

SE ha suscitado en nuestro ambiente literario la contienda entre autores y críticos. Género viejo de lucha sin otro provecho que el de regocijar al lector. Una contienda de esta naturaleza habría sido interesante si de ella se hubiera podido desprender una interpretación de la crítica chilena, o por lo menos, un análisis de las condiciones en que ha actuado la crítica o sus reacciones frente al medio. Críticos y autores se limitaron a mostrar sus heridas secretas y sus rasguños en el amor propio. La condición del escritor no es ni con mucho, brillante en nuestro país. No creemos que sea mejor en otros ambientes americanos. La rodean prejuicios desagradables, atmósferas hostiles, desdén, desconocimiento y burlería. De ahí que una disputa entre críticos y autores, llevada en forma tan personal, en lugar de contribuir a despejar el horizonte, lo haya entenebrecido aún más.

Los autores han andado mal en sus juicios contra los críticos. Han mostrado las fuentes ocultas del rencor. Y esto nada vale como expresión de juicio sobre juicios. Lo más lógico habría sido evitar el descenso que supone esa paralojización. Un libro vale por lo que representa como elemento de emoción y de verdad. Un suelto de crítica, como es costumbre en algunos, hacerlo al referirse a cada libro, que aparece, no modifica nada de su contenido. El libro cuando es de calidad, tiene un destino y lo cumple, a despecho de loas o censuras. Podría agregarse a despecho de intereses de grupo o de bandería. Una de las más grandes figuras europeas de la crítica en el siglo XIX, el italiano De Sanctis, nunca bajó al fondo de las pasioncillas para juzgar un libro. Calaba hondo, pero era para buscar la llama que según él, arde en toda obra humana. La vigorizaba mediante un análisis sensible, artístico, palpitante de fe y de entusiasmo. Tenía la con-

ciencia de que el arte es una cosa muy seria y juzgar una obra, tarea de amor y al propio tiempo de limpia sensibilidad.

Las capillas literarias, los grupos al servicio de determinadas pasiones malogran la función superior de la crítica. Esto es disolvente en mayor grado en estos ambientes de mestizaje, en los que suele unirse al ejercicio de la crítica, la pequeña oleada de la política al uso. Esto produce fatalmente la ebullición de rencores que el propio crítico, en ocasiones, recibe sin él darse cuenta. Impregnado del pesado torpor del ambiente incorpora a su mentalidad el ruido y la efervescencia de la calle. Lo más grande en la crítica, lo que determina en ella la nobleza de su función, lo que la hace respetable y parecida a un oráculo, si es que pudiera hablarse de algo parecido, es justamente la limpieza en su intención. Cuando se ve muy en la superficie la sombra insidiosa o el prurito del personalismo ambicioso o petulante o bien la sujeción incondicional a determinados intereses, deja de ser ya una fuerza al servicio del arte o una nueva creación para convertirse en cosa deleznable.

Pero nuestro país está en el peor de los períodos: el de la confusión. La confusión política y la confusión social han echado también su sombra sobre la literatura, sobre el arte. Esta contienda de críticos contra autores es una buena prueba de ello. Alone y Torres Rioseco, tenían razón cuando pedían buenas obras a los autores en lugar de dedicarse a vapulear críticos.

También hay que exigirle a la crítica que se limite a su función. Veamos cómo Benedetto Croce en sus páginas fervorosas y magistrales, dedicadas a *De Sanctis* considera en este el problema de la crítica literaria:

«La vasta experiencia psicológica que la incesante observación y meditación había acumulado en su espíritu, el conocimiento de la historia humana y de sus enormes recursos, el sentido finísimo que poseía de la multiplicidad de matices de los sentimientos, lo hacían moderado en sus juicios y esta moderación primó en él, no sólo como eje de la verdad, sino como instrumento de sensibilidad y de bien; porque tenía fe en el fuego que arde en el fondo de toda obra humana y consideraba que no debía extinguirse con la burla o el desprecio, sino por el contrario, reavivarlo con la simpatía. La moderación, era para él, el arma más terrible que pudiera esgrimirse contra un adversario y se asombraba de que tan pocos conocieran, su fuerza y su empleo. Lo contrario tenía según él, su origen en una visión unilateral y exagerada de la realidad o en las pasiones individuales que prevalecen de ordinario sobre el bien. Su moderación estaba, pues, hecha de fuerza y de clarovidencia, no de flaqueza o incertidumbre».

Creemos que basta.—M.



A NUESTROS LECTORES

Con el presente número inicia ATENEA, la publicación de sus volúmenes mensuales, suspendidos durante las vacaciones, por los meses de Enero y Febrero. La labor de este año, como en los anteriores estará destinada a promover vivas sugerencias americanistas, dando cabida en sus páginas a los ensayos literarios, críticos, sociales o científicos de los más destacados autores nacionales y americanos. Nos cumple agradecer, en esta oportunidad a los escritores extranjeros que en forma tan calurosa se han referido a la labor de cultura que desarrolla nuestra Revista, de vasta difusión en los países hispanoamericanos, y a la prensa del continente que ha sabido valorizar la labor amplia, libre y generosa de la Universidad de Concepción. A Baldomero Sanín Cano, a Enrique Espinoza, a Manuel Pedro González, a Sixto Martelli, a Francisco Ichazo, a Mariano Azuela, a Arvelo Torrealba, a Pablo Palacios y a tantos otros de los modernos escritores de América que se han referido a la obra de ATENEA vayan nuestros cordiales agradecimientos.

